

cho, le puso las manos en los hombros, echó un poco atrás la cabeza y lo miró de hito en hito.

Furio, sin apartar de ella los ojos, pues parecía fascinado, se quitó poco á poco del hombro aquellas dos manos que le quemaban, y se tapó la cara con el brazo.

La actitud, la mirada, el rubor habían sido tales, que ya no dejaban lugar á duda, y por primera vez, que fué también la última, Iris tuvo un movimiento de prudencia; retiró á tiempo una mano que había extendido para hacer una compasiva caricia, y se marchó poco á poco sin volverse.

XVIII

Al mediodía, Furio estaba en el jardín sentado á la sombra de un árbol, conmovido todavía por la escena de la mañana.

Brillaba un sol ardiente y todo estaba en silencio, sin que se oyera ni el estridor de la cigarra, ni el canto de un pájaro, ni el vuelo de una mariposa, ni una voz, ni un movimiento cerca ni lejos; parecía que la naturaleza dormía. Entonces la campiña se anima con una vida fantástica, como si fuera de noche; se perciben rumores indefinidos como de prolongados gritos lejanos; soplos, roces, susurros, ora á mucha distancia, ora al oído, aquí, allí, no se sabe dónde, en todas partes. Parece que en el aire haya alguien ó algo que fluctúa y se agita, que se acerca y se aleja, que vuelve, se detiene y luego desaparece. De pronto se siente al lado el zumbido de un insecto; pasa y todo queda callado. Se experimenta una sacudida; miramos lo que es: ha caído una hoja. Aparece una lagartija, se para como si quisiera escuchar, y como asustada de aquel silencio, vuelve á meterse en su agujero. El campo

tiene un no sé qué de solemne y de triste como un mar solitario, y se baja la cabeza como por fuerza, mientras los ojos entornados vagan por los valles oscuros y por los sombríos ámbitos que la fantasía lánguida les representa entre las matas de hierba y los terrones del suelo. Sólo Furio velaba á aquella hora. El viejo empleado dormía en su cuarto, tendido en la cama boca arriba, con la frente bañada de sudor y un enjambre de moscas en la nariz; la tía, dejada á un lado su calceta, dormitaba también en su silla, muy tiesa, con los brazos cruzados como un ídolo y los labios salientes en actitud de desdén.

Furio no había visto á Iris hacía más de dos horas y no sabía dónde estaba. Se levantó y se puso á dar vueltas por el jardín, el cual era muy grande y todo él plantado de árboles espesos como un bosque. Miraba á lo lejos de tronco en tronco si por alguna parte blanqueaba un vestido de mujer, cuando fijó la vista en unas cuantas hojas de rosa esparcidas sobre la hierba. Más allá, á poca distancia, había otras, y así continuaba una larga faja de color de rosa hasta perderse de vista. Furio siguió aquel rastro, anduvo un rato en línea recta, torció á la derecha, luego á la izquierda, dió vueltas y más vueltas, llegó al fondo del jardín; de pronto ya no vió más hojas, echó una ojeada alrededor y prorrumpió en una exclamación de sorpresa. Iris, tendida sobre la hierba, al pie de un árbol, estaba durmiendo. Mejor dicho, fingía dormir.

Furio se quedó mirándola con la boca abierta, á siete ú ocho pasos de ella. Vestida de blanco y rodeada de follaje verde oscuro, se destacaba como un cisne en la herbosa orilla de un lago. Estaba tendida como en un lecho, apoyada la cabeza en un brazo desnudo y el otro extendido al costado y con los pies descubiertos. Tenía la cara vuelta hacia donde es-

taba Furio, y su labio inferior bajado dejaba al descubierto unos dientecitos iguales y blancos. Su cabellera aflojada parecía á punto de desatarse y de esparcirse alrededor de su busto en ondas de oro. Su respiración era frecuente; tenía los ojos entornados y fijos, como los tienen muchas personas cuando duermen, y las mejillas de un color de rosa vivo.

Furio siguió contemplándola con los ojos muy abiertos y las manos levantadas en actitud de asombro. Jamás había visto dormir á una mujer hermosa, y por primera vez apreciaba esa gracia más realzada y más mórbida que el sueño comunica á las formas femeniles y la expresión infantil de aquel rostro inmóvil. Le palpitó con fuerza el corazón, corrió una chispa por todas sus fibras, y entre Iris y su vista se extendió algo así como una niebla.

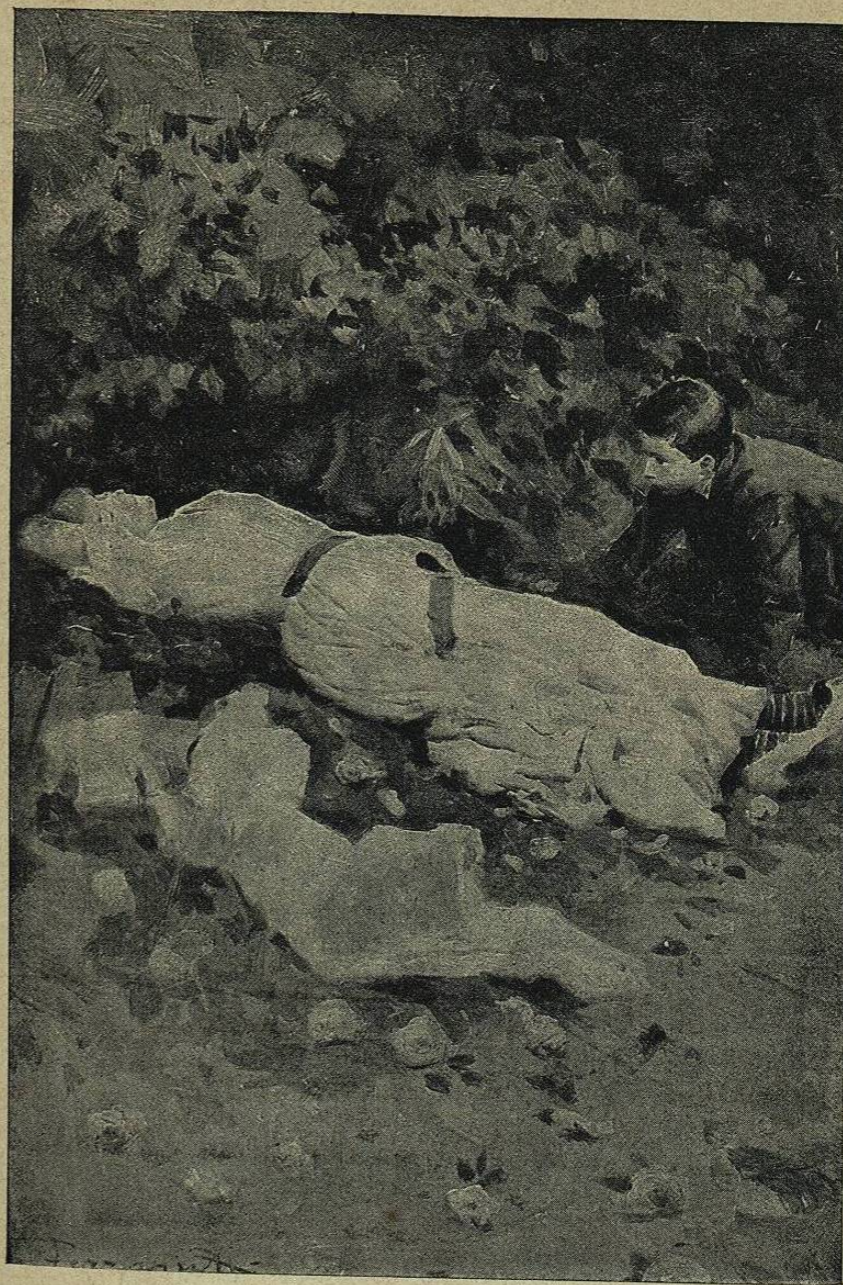
— Ahí está, murmuraba temblándole los labios y humedeciéndosele los ojos, Iris, mi buena Iris, la que me quiere bien, la que me protege y está siempre conmigo y me hace pasar tantas horas contento; la que me compadece y me perdona... á mí, tal como soy, indigno de estar cerca de ella, mientras que ella es tan hermosa... Ahí está... Iris, duerme, yo te miro, eres tan bella..., eres mi ángel..., te quiero tanto que no sé qué haría por ti; mira: estoy contento: querida Iris, besaría el suelo donde pones los pies.

Sacó presuroso el pañuelo y lo besó diez ó doce veces ávidamente.

— Duerme, no te despiertes, Iris; yo te miro, y estaré siempre aquí mirándote.

Corrió á un rosal que había allí cerca, arrancó con presteza muchas rosas y volvió á esparcirlas á sus pies.

— Toma, te cubro de flores: tú que eres tan bella, debes dormir entre rosas.



— Duerme, no te despiertes, Iris; yo te miro, y estaré siempre aquí mirándote.

Se arrodilló y le besó dos ó tres veces el vestido, diciendo para sí: «¡Querida Iris! ¡Mi bella, mi buena Iris!»

La joven se movió. Furio se levantó y se puso como la grana.

Iris seguía fingiendo que dormía; mas al movimiento que hizo se le desprendió una especie de chal que se le había quedado en parte debajo del cuerpo y en parte le cubría el seno. Furio, al ver aquello, retrocedió aunque sin apartar de ella los ojos; se pasó una mano por la frente, sacudió la cabeza para echar atrás la melena, y en seguida emprendió una rápida carrera por el campo. Corría como si alguien le persiguiese: parecía como si el terreno se hiciese elástico para darle impulso; devoraba el camino: al llegar á una acequia cayó en ella, salió mojado y siguió corriendo como llevado por el viento; subió por un cerro, resbaló, se levantó, se agarró á las matas, llegó á la cumbre y bajó por la ladera opuesta dando grandísimos saltos, seguido de las piedras con que tropezaba y que rodaban cerro abajo, pisando plantas y surcos y llenando el silencioso valle con gritos de: «¡Ánimo! ¡Así! ¡Valor!» Llegó al fondo y se tendió en la hierba, jadeante, cansado, con la mirada fija en el cielo y la mente perdida en cierta embriaguez fantástica, como si se hubiese extraviado en el fondo del abismo.

XIX

Desde aquel día Furio comenzó á vivir en un estado de exaltación continua. El nuevo comportamiento de Iris, que se mostraba un poco menos jovial que antes, pero más afectuosa y como siempre preocupada con una idea, cosa que él no podía atribuir á un simple sentimiento de solicitud y de com-

pasión, porque no creía haber dejado descubrir los suyos, lo tomaba como indicio de un principio de afecto igual al que él le profesaba, y esta idea lo trastornaba por completo. Hasta entonces la falta de esperanza, siquiera remota, de correspondencia; la seguridad de que se le consideraba nada más que como un niño al que se buscaba por distracción, como un juguete; el proceder ligero, caprichoso y vario que Iris había observado con él, habían bastado para refrenarlo, para mantenerlo un poco sosegado, ó al menos para obligarle á hacer un esfuerzo á fin de disimular lo que sentía. Pero ahora aquella esperanza, que su vivísimo deseo convertía fácilmente en certidumbre, le sacaba de tino; se creía como lanzado de pronto de la infancia á la juventud; se sentía hombre, ardoroso, arrogante, tempestuoso; se agitaba, iba, venía, corría, buscaba á Iris, huía de ella; volvía en seguida á buscarla, se unía á ella tembloroso, le estremecía su mirada, la devoraba con los ojos sin decir una palabra, no podía descansar de noche, prorrumpía á solas en exclamaciones, sufría, lloraba.

A la orilla del lago, entre un grupo de árboles, había una estatua de piedra ennegrecida y llena de musgo, que representaba una mujer durmiendo en una postura parecida á la que Iris tenía aquel día cuando estaba tendida al pie del árbol: estaba puesta sobre un zócalo, pero habiendo habido necesidad de levantar el terreno alrededor del agua, el zócalo había desaparecido bajo la tierra nueva. Dos ó tres veces, al anochecer, cuando se sentía más agitado, fué Furio á tenderse sobre la hierba junto á aquella estatua, frente á frente, y pasó mucho tiempo mirándola, haciéndose la ilusión de que estaba viva y era suya y que llevaba aquel querido nombre, ilusiones que también se forjan las personas mayores.

A Cándida nada le pasaba inadvertido; había notado la

creciente inquietud de su hermano; sospechó alguna imprudencia por parte de Iris y resolvió impedir á toda costa que la cosa acabase mal. En esto, la tía recibió una carta anunciándole que de allí á dos días llegaría su sobrino Carlos, el marido de Iris. Cándida se turbó al saber la noticia. Era imposible que Carlos, siendo tan suspicaz, no echase de ver algo. Y dado su carácter duro y violento, habría podido suceder algo desagradable. Por esto buscó una ocasión de encontrarse á solas algún tiempo con Furio á fin de poder hablarle larga y seriamente. Pero Furio, conociéndolo, siempre que ella lograba atraparle, se le escapaba de la mano y corría á esconder su «casta púrpura» en algún rincón solitario.

XX

Aquella tarde, ya obscurecido, después de haber esperado en vano que Iris bajara de su cuarto, Furio salió de la casa y fué á sentarse delante de la estatua. Dos horas antes, Iris le encontró en la escalera, y cogiéndole la barba entre el pulgar y el índice, le había preguntado: «¿Cómo va, pequeño?» Y él, bajando la escalera, se mesó los cabellos con ambas manos, sin saber por qué..., tal vez por desahogarse.

«¡Iris!, decía á la estatua con voz fatigosa como soñando y rodeado ya de las sombras de la noche, no puedo más..., te quiero demasiado; ¡si supieses lo que siento aquí! Seré tu servidor: iré á ponerme bajo tus pies cuando subas al coche. Si alguien me dijese: Córtales un dedo á Iris te querrá, me lo cortaría y estaría siempre á tu lado. ¡Querida Iris, con esos ojos tan grandes y hermosos, y esos cabellos rubios, y tan buena!» Y después de pensar un rato, añadió: «¡Qué hermosa señora! Con tal de poder verte siempre, hasta consentiría que me en-

cerraran en la cárcel. Pero tú te irás, y ya no estará aquí Iris. ¡Dios mío! ¿Y qué haré yo cuando no estés aquí? Me quedaré solo. ¡Pero no puedo quedarme solo, no puedo!... Me moriré de tristeza. ¡Oh no, no te vayas, Iris, no me dejes solo!»

Y casi llorando, ceñía con ambos brazos el cuello de la estatua y apoyaba la cabeza sobre sus hombros. De pronto sintió que se le introducían dos manos entre los cabellos y divisó cierta cosa blanca. Se levantó, retrocedió y vió á Iris sentada; lanzó un grito, cayó de rodillas y sintió que le abrazaban... «¡Iris!, ¡Iris!, exclamó en voz baja y sofocada; oye, por caridad, no te burles de mí, soy un pobre niño, no tengo á nadie más que á ti; te amo, de veras, ángel mío, te amo; por caridad, Iris...» Se sintió bajar la cabeza hasta reclinarla en las rodillas de la joven, la vió inclinar el rostro, percibió un perfume, un aliento cálido, los labios... «¡Dios mío!» murmuró con voz apagada, é Iris, el cielo, los árboles, el lago ondularon, se confundieron y desaparecieron, y él quedó sin vida.

XXI

A la mañana siguiente, Cándida, que hacía dos días se quejaba de un fuerte dolor de muelas y había resuelto quitárselo á toda costa, debía marchar con su padre á la ciudad.

Riconovaldo la encontró en la escalera y le tomó una mano.

— Déjeme usted, dijo Cándida procurando soltarse.

Riconovaldo la cogió á la fuerza la otra mano.

— Déjeme usted, repitió la joven más severamente.

Pero él trató de cruzarle los brazos.

— Déjeme usted, Riconovaldo, gritó por tercera vez poniéndose pálida y levantando con arrogancia la cabeza.

El joven la soltó, esforzándose por reír; pero un arranque



Riconovaldo la encontró en la escalera y le tomó una mano.

impetuoso de despecho y de rabia le ofuscó casi por completo la razón y dijo con voz ahogada: «¡Estúpida!» Y se alejó lleno de vergüenza.

XXII

A cosa de las ocho de la noche debían llegar juntos de la ciudad Cándida, su hermano Carlos y su padre. No se había dicho nada á Iris acerca de la llegada de su marido por proporcionarle el placer de la sorpresa. Tampoco sabía nada Furio; la tía le había enviado á las seis á llevar una carta á una quinta vecina, y al volver, debía encontrar en la casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo se paseaba aquella noche por el jardín, desalentado y triste. Jamás había sufrido una humillación como la que Cándida le había hecho pasar poco antes, en la escalera, y en los días anteriores, á cada hora, á cada minuto, sin remisión, dura y despiadadamente. No le quedaba ya duda; le había parecido un majadero, un imbécil, un mocetón presuntuoso é insolente; en una palabra, lo que era. Ciertamente que siempre se lo había oído decir: había nacido con alma por equivocación; aquella joven había estado en lo cierto; los amigos, riendo, le daban á entender la verdad; era el último de los hombres, un bonito bosquejo de hombre, un muñeco. La vergüenza, el enojo, la aflicción habían aumentado en él de tal modo que le demudaban el semblante en términos de que no parecía ya el suyo; hasta se había vuelto feo; así lo creía: se sentía tan mezquino en su exterior como en su interior; estaba anonadado. Y todo por Cándida, por aquella joven sin alma y sin forma de mujer, desabrida, desgarbada y orgullosa... La odiaba. Entregado se hallaba á estos pensamientos cuando oyó